

San Cosme y San Damián y la de San Hipólito y la isla de Cerros; y aquí tomaron agua y leña los que tenían grande y precisa necesidad; y no hallando rastro de ella tornaron a proseguir su camino para buscarla por la costa, si acaso pasó adelante de aquel paraje donde se perdieron, y por no tornar a padecer con el cabo de el Engaño antes de llegar a el fuego gobernando cinco días continuos a lueste la nao, al cabo de ellos se halló cosa de ocho leguas de una grande isla, qué se entendió ser la que llaman de Pájaros y no fue posible llegar a ella, porque los vientos lo estorbaron, aunque trabajaron dos días, por llegar a ella, con todas las diligencias posibles.

Aquí en este paraje, con la fuerza de los tiempos y olas, parece se sintió la nao hacer agua y la madre de el espolón ludía mucho y entraba por allí mucha agua, con las socolladas que daba, y así, por no perderse allí, tornaron a tomar la vuelta de tierra, por si la nao se hubiese de perder o anegarse, salvase la gente, hallándose junto a tierra, haciéndolo así; cuando llegaron junto a tierra vieron la isla de Cenizas, que ya la dejaban atrás, que los de la capitana no la vieron; y prosiguiendo su viaje en busca de la capitana, llegando al paraje de la bahía de las Vírgenes vieron salir de ella la capitana y fragata, y llegándose a hablar se dieron la bienvenida con mucha alegría y no menos contentamiento de todos, y el general mandó prosiguieran su viaje hasta el primer puerto que hallasen. Pasaron por cerca de una isla pequeña, que cerca de tierra había, que se llamó de San Ilario, y costeano la costa vieron una grande bahía y el general envió a la fragata a reconocerla y sondarla y vieron había allí abrigo para el viento norueste y muchos indios; y pasando adelante, cosa de dos leguas, les sobrevino un grande viento norueste, que les fue fuerza tornarse a la bahía que queda dicha; y fue el día de San Simón y Judas, que fue veinte y ocho de octubre; y por esta razón se llamó de este nombre esta bahía. Aquí le pareció al general tomar agua y leña para la nao almiranta; y sucedió lo que en este capítulo siguiente diré.

CAPÍTULO LII. *De lo que sucedió en la bahía de San Simón y Judas y lo que se descubrió desde que salió de él la armada, hasta llegar al puerto de San Diego*



EL DÍA DE LOS GLORIOSOS APOSTÓLES San Simón y Judas, por la mañana, mandó el general que con las dos barcas de capitana y almiranta fueran soldados y con ellos el capitán Peguero y el alférez Alarcón a buscar agua a la tierra firme. Cerca de la marina hallaron muchos indios muy dispuestos y valientes y algo arriscados, y entre unos juncos y carrizales tenían éstos hechos unos pozos y de aquí tomaron agua. Los indios, como vieron que los nuestros los regalaban, entendieron que lo hacían por

temor que les tuviesen, y así se ensoberbecieron y comenzaron a hacer algunas demasías; y vinieron a quitar no sé qué cosas a unos soldados y echábanles los arcos al cuello, como por vituperio y quisieron quitar una barca a unos grumetes; y, cuando se embarcaron, tiraron desde tierra muchas piedras a los españoles que estaban en las barcas; y para amedrentarlos, un soldado disparó por alto un arcabuz, y como ellos vieron que no les hacían mal, esotro día, yendo por agua, los de el día antes, el capitán Peguero con una media docena de soldados se desembarcaron algo apartados de donde los que iban con el alférez Alarcón desembarcaron; y como vieron los indios que eran pocos los que iban con Peguero fueron a ellos y comenzaron de tal suerte a descomedirse y a desvergonzarse, que obligó a tres de los soldados, que llevaban caladas las cuerdas en los arcabuces, a decirles que se detuviesen y no llegasen a ellos; no quisieron obedecer, sino antes llegaron a quererles echar por desacato los arcos al cuello; y lo echaron a uno de los soldados, y visto esto por el piloto Antonio Flores, sacó una macana y cortóles el arco y cuerda de un golpe, de lo cual se airaron los indios y comenzaron a ponerse con flechas en los arcos para tirar. Y visto que no convenía que aquellos indios hiriesen a ningún español, los soldados, que estaban con las cuerdas caladas, hicieron puntería en ellos y dispararon los arcabuces, hirieron al primer envite media docena de ellos, con perdigones y algunas balas. Como se sintieron heridos huyeron luego, y a poco trecho los dos dieron consigo en tierra muertos y los demás los cogieron a cuestras y los llevaron a un altillo. Ellos dieron aviso luego a sus vecinos y dentro de una hora se juntaron más de doscientos indios, todos con sus arcos y flechas y muy embijados y llenos de plumas; vinieron formados en escuadrón contra los españoles, que habían quedado en tierra con el alférez Alarcón, el cual viéndoles venirse apercebieron los suyos; y como los indios vieron estaban todos con arcabuces en las manos no se atrevieron a llegar; finalmente enviaron un indio con un perrillo, en señal de paz y se juntaron los españoles con ellos; mas los indios no apartaban un punto los ojos de los arcabuces, y dijeron por señas que cuatro habían muerto y otros estaban acabando por estar mal heridos. Dieron los indios muchas cosillas a los nuestros, por tenerlos gratos y por amigos; y con esto, después de haber tomado agua, dijo el general que salieran de allí y así se hizo en noviembre, miércoles.

Habiendo salido de la bahía de San Simón y Judas esta armada, y prosiguiendo su viaje contra el viento y contra las corrientes, llegaron todas tres junto de una muy grande ensenada, toda cercada de unas sierras altas, y parecía, por una quebrada que allí había, entraba algún brazo de mar o vaciaba algún río. Tiene esta ensenada dos islas, cerca de ella tres leguas, a la parte de el poniente, que se llamaron de Todos los Santos, y queriendo entrar en ella entró la fragata y tras ella la almiranta; y la capitana no pudo entrar por ser ya de noche y así se tornó a la mar; y porque no se perdieran de ella se tornaron a acompañarla las dos que habían entrado, y esto fue a cinco del mes de noviembre a la mañana del día siguiente; queriendo entrar dentro para reconocerla y verla, les sobrevino, al parecer, un poco

de buen viento, y pareciéndole al general y a los demás que no se perdiese aquel viento y que a la vuelta se reconocería, pasaron adelante; mas a pocas leguas el tiempo les fue muy contrario con el viento norueste, y poco a poco, como pudieron, iban siempre costeano la tierra; y por toda ella era cosa maravillosa de ver los humos y fuegos que por toda ella los indios hacían llamando a los naos. La tierra parecía ser buena, llana y apacible. Seis leguas de la tierra firme, costeano la tierra, están cuatro islas, que se llamaron de los Coronados; las dos pequeñas a modo de panes de azúcar; las otras dos son algo mayores. Al norte de estas islas, a la tierra firme, hay un famoso puerto que se llamó de San Diego, en el cual entró esta armada la víspera de San Martín, que fue a diez de noviembre, a las siete de la noche.

El día siguiente, después del glorioso San Martín, por la mañana, mandó el general fuera alguna gente a reconocer un monte que resguarda a este puerto de viento norueste; y fue el alférez Alarcón y el capitán Pèguero y el padre fray Antonio de la Ascensión con ocho arcabuceros; hallaron en él mucha leña de encina y otros árboles, como fueron jaras y otros que se parecían al romero y otras yerbas muy odoríferas y saludables. Desde lo alto del monte se vio ser el puerto lindísimo y muy grande y todo él muy acomodado para el abrigo de todos los vientos. El monte, que es el reparo de este puerto para el norueste, tendrá tres leguas de largo y media de ancho y de la otra parte de el norueste de este monte hay otro buen puerto. Vueltos con esta relación al general, mandó que en tierra se hiciera una buena tienda para que sirviera de iglesia, para que los religiosos dijieran misa y que se limpiasen allí los navios y se les diese brea y sebo y que otros cortasen leña y otros hiciesen la guarda. Ésta se hizo en un arnal o isla de arena, en la cual se hicieron unos pozos, como zanjas; y cuando la mar era creciente tenían los pozos el agua dulce y buena, y siendo menguante salobre. Poniéndose por obra lo que el general mandó, habiendo puesto y nombrado postas y centinelas por el monte, una de ellas dio aviso de cómo venían muchos indios por la playa, todos con arcos y flechas y desnudos todos, embijados de negro y blanco. El general mandó que saliera a recibirlos de paz el padre fray Antonio y que fueran con él el alférez Juan Francisco con seis arcabuceros; y llegando a ellos, habiéndoles hecho señas de paz con un pañuelo blanco y con echar tierra en alto con las manos, lo primero que los indios hicieron fue entregar los arcos y flechas a los soldados. El padre fray Antonio los abrazó y dio unas cuentas y cordones que se pusieron en las gargantas por gala; con esto se vinieron adonde el general estaba, y como los indios vieron tanta gente, no se atrevieron a llegar, y así se retiraron a un cerrillo y desde allí enviaron dos indias muy viejas y arrugadas adonde el general y los demás españoles estaban; y llegándose con mucha afabilidad al real o tienda, el general y los religiosos y otros soldados les dieron cuentas y sartillas de abalorio, y bizcocho; y con esto las enviaron a avisar de lo que sentían de la gente recién venida a su tierra. Ellas dijeron allá su sentimiento y luego vinieron todos con ellas a ver a los españoles. Venían los más de ellos embijados

de negro y blanco y con muchos plumajes en la cabeza. El general y los demás los recibieron con mucha alegría y les dieron muchas cosillas y mucho pescado que con el chinchorro se había delante de ellos pescado. El embije de negro era como plateado y azul; y preguntándole por señas, qué era aquello, mostraron unas piedras de metal de que lo hacían, y dijeron por señas que de aquellas piedras sacaba una gente que había la tierra adentro, que eran barbados y usaban vestidos como los españoles y hacían y sacaban unas cintas galanas, señalando ellos eran como los pasamanos que los soldados tenían en los coletos de ante; y que eran también como uno que tenía el general en un calzón de terciopelo morado; y que aquellos hombres, que ellos decían, usaban de las galas y vestidos como nuestros españoles y que se les parecían. Con el buen tratamiento que esta vez se les hizo quedaron engolosinados; y así cada tercer día venían por bizcocho y pescado y ellos traían pieles de martas y de gatos y de otros animales y redecillas con que ellos cazaban.

Hay en el puerto mucho pescado blanco y lizas, ostiones, almejas, langostas, centollas y sardinas, y en unos esteros, que por la tierra hay, se vieron muchos gansos y ánsares blancos y grandes patos, codornices, liebres y conejos. Es la tierra muy fértil y llana; y hay cerca de la misma playa lindísimos prados. El general y el padre fray Antonio con otros soldados corrieron la tierra y la miraron, y contentó a todos su buen cielo y temple. Habiéndose prevenido y hecho todo lo que ordenó el general, se dio orden en salir de allí para proseguir su viaje comenzado; y así fue la salida de este puerto, a veinte días de el mes de noviembre, miércoles. Aquí confesaron y comulgaron todos, antes de salir, porque iban ya muchos soldados enfermos y se habían muerto ya algunos de los de consideración y más prendas; y así fueron prosiguiendo su viaje la capitana y almiranta juntas; y la fragata iba cerca de tierra, mirando lo que había.

CAPÍTULO LIII. *En que se trata de lo que le sucedió a esta armada desde que salió de el puerto de San Diego hasta llegar al puerto de Monte-Rey*



PROSIGUIENDO SU NAVEGACIÓN ESTA ARMADA, desde que salió de el puerto de San Diego comenzó el viento norueste (rey y señor absoluto de aquella costa) a ventar, como solía; y poco a poco llegaron las naos a vista de una ensenada, y en tierra de ella había mucha frescura y grandes humos de los fuegos que los indios hacían y levantaban para que allí llegasen las naos, y llegando allí no hubo donde las naos pudiesen estar seguras de el viento norueste; y por esta razón pasaron adelante, y pocas leguas de allí vieron una grande isla, casi doce leguas apartada de la tierra firme y así fueron a reconocerla; y el día que se vio fue de la gloriosa mártir Santa Catalina, y por esto se llamó de este nombre; y a veinte y ocho de